

PERIODICALS

PER
BX
1427
.A1
P483
no.
69-145



PER BX1427.A1 P483

Pentecostes.



Digitized by the Internet Archive
in 2016

<https://archive.org/details/pentecostes1431apos>

LAR

PENTECOSTES

3a. EPOCA.

NUM. 143

1° DE AGOSTO DE 1956.





LA MUJER

(FRAGMENTO)

¡MISTERIOSOS son los caminos de Dios! ¡Cuántas veces salva al mundo o a los pueblos por medio de una mujer!

La salvación radical y completa del linaje humano vino de una mujer: la Virgen María. La Anunciación es la escena fundamental del drama de la Historia; allí se desenlazó, para la gloria de Dios y la paz de los hombres, la tragedia provocada en el Paraíso por otra mujer.

Y en pos de la Virgen María ha pasado por la tierra una pléyade incontable de mujeres a quienes el mundo debe su salvación en cada una de las etapas de su vida secular.

Mujeres que han ejercido decidido influjo en la marcha de la humanidad, como Helena que cristianiza al Imperio, como Isabel la Católica que evangeliza un mundo, como Juana de Arco que salva a un gran pueblo.

Mujeres que influyen en los destinos de la Iglesia, como Catalina de Sena a quien consultan los Papas y Margarita María que marca el rumbo a la devoción cristiana en los últimos tiempos.

Mujeres que iluminan las inteligencias, como Teresa de Jesús, y mujeres que arrebatan el corazón con celestiales encantos, como aquella virgen, graciosa y fragante como su nombre, que embalsama las tierras vírgenes de la América con aroma del cielo, que como una sonrisa de amor juguetea en los labios infantiles del mundo nuevo.

¿Para qué continuar? Sería preciso transcribir a millares las páginas de la Historia. De la mujer viene de ordinario la ruina o la salud. Eva y María, la madre de la muerte

y la Madre de la vida, son fecundas; sin su profusa descendencia no se explica la Historia.

¿Será que Dios se vale ordinariamente del débil para confundir al fuerte? ¿Será que el corazón, cuyos escondidos tesoros posee la mujer, se adelanta casi siempre a la inteligencia y la domina? ¿Serán la debilidad y la ternura las claves de la Historia?

Después de todo, lo que menos importa es explicar. Hay una época en nuestra vida en que sentimos la avidez de explicarlo todo; nos parece que lo que no se explica no es digno del hombre. Mas viene para nuestro espíritu una época más avanzada y perfecta en la que llegamos a convencernos que lo verdaderamente grande es incomprendible y lo genuinamente hermoso resiste al análisis.

Entonces vislumbramos por qué Dios, la cumbre de la grandeza y el ideal de la hermosura, habita una luz inaccesible. Entonces aprendemos que la cuestión capital de la vida no es explicar sino ver, o mejor, entrever; que la intuición va mucho más lejos y mucho más adentro que el discurso, y que el tesoro de la humanidad no es lo que abraza su ciencia, sino lo que tocan sus intuiciones.

Quizá por esto dijo Aristóteles que la poesía es más verdadera que la historia, —pudiera haber dicho que la ciencia—. La historia cuenta, la ciencia analiza, la poesía canta; y el canto es el supremo esfuerzo de la sabiduría y del amor.

En el cielo, donde todo es consumado, ni se cuenta, ni se analiza; se canta. Es la patria de la poesía; porque es la patria de la luz y del amor. La historia nos habla de hechos; la ciencia desentraña las causas y llega a las veces hasta el fondo de las cosas, pero no hasta el fondo último de ellas; porque éste está velado por la niebla sagrada del misterio, y el misterio no se ve, se entrevé; no se sabe, se presiente y se adivina. Dicho sea una vez por todas, yo no quisiera explicar las cosas sino hacer presentir los misterios.

* * *

Esa ley de la Historia se verifica entre nosotros.

¡Cuántas lágrimas y cuánta sangre, cuánta pureza y cuánto amor habrá en el cáliz de salud que ha de dar a nuestra Patria la paz y ha de renovar su florida juventud!

Pero tengo para mí que en la obra grandiosa de nuestra salvación ocupa un lugar de honor la mujer mexicana.

LUIS M. MARTINEZ,
ARZOBISPO PRIMADO DE MÉXICO.



El Espíritu del Apostolado de la Cruz

QUEDO sentado en el artículo anterior que *el sacrificio nos consagra a Dios.*

Ese sacrificio que nos consagra a Dios está incluido: para el sacerdote, en su *Ordenación sacerdotal*; para la religiosa, en su *profesión*; para todo cristiano, en su *bautismo*.

Es evidente que la vida sacerdotal y la vida religiosa son una vida de sacrificio; nadie lo pone en duda. Pero en lo que no hemos reflexionado bastante es en que el bautismo incluye también el sacrificio. Por el bautismo debemos morir al pecado y resucitar con Cristo a una vida nueva; por el bautismo renunciamos a Satanás y aceptamos la ley de Cristo con todas sus santas exigencias. El bautismo inmola, pues, al "*hombre viejo*" con todas sus concupiscencias y hace nacer al "*hombre nuevo*", "*creado en la justicia y en la santidad de la verdad*". Por eso implica un sacrificio que consagra al hombre a Dios.

* * *

Pero para que nuestra consagración sea íntegra y completa, no basta consagrar en general nuestro ser y nuestra vida, es preciso también consagrar cada uno de nuestros actos.

Porque un sacerdote, una religiosa, un cristiano, aunque estén consagrados a Dios, como vimos, pueden sin embargo —por desgracia— hacer actos que queden excluidos de esta consagración. ¡De cuántas imperfecciones está plagada nuestra vida! ¡cuántos actos no sobrenaturalizados! ¡cuántas veces llegamos aún a caer en pecados veniales más o menos de-
liberados!

Ahora bien, el secreto para que cada uno de nuestros actos esté también consagrado a Dios es el mismo: *el sacrificio*. Es lo que en el lenguaje de la doctrina de la Cruz se llama "*sellar nuestros actos con la Cruz*", esto es, hacer que en cada uno de ellos haya por lo menos algún tinte de sacrificio, para que así queden consagrados.

Porque, si reflexionamos un poco, nos daremos cuenta que en todo acto perdido para la vida eterna, en todo acto que no es para Dios, con el que no ganamos mérito alguno, esta deficiencia proviene de que nos faltó generosidad, de que nos buscamos a nosotros mismos, de que nos dejamos llevar del amor propio, del egoísmo, de la comodidad, etc. Y todo eso ¿no significa que nos faltó sacrificio, es decir, vencimiento, abnegación?

Por tanto, si procuramos que todos nuestros actos vayan "*sellados con la Cruz*", si en todos ponemos un poco de sacrificio amoroso; entonces, no sólo nuestra vida en general, sino cada uno de nuestros actos estarán *consagrados* a Dios.

* * *

Pero aclaremos más estas ideas; porque se nos podía objetar —y ésta es una gran objeción— que si la vida cristiana ha de estar toda impregnada de sacrificio y como saturada de dolor, esto es inhumano y viene a contradecir nuestra inclinación innata e irresistible a la felicidad. Necesitamos ser dichosos, no desgraciados; y ya tenemos en la vida demasiadas penas para buscarnos nuevas.

¿No es una crueldad que en todo debamos buscar el dolor? ¿No es una especie de sadismo contrario a las leyes de nuestra naturaleza?

Por otra parte, esta doctrina parece estar en contradicción con los Libros Santos: en ellos se nos predica la alegría como una virtud que debemos practicar siempre —"*Gaudete in Domino semper*"—; se nos enseña que los frutos más exquisitos del Espíritu Santo son la caridad, el gozo y la paz —"*caritas, gaudium, pax*"—, y que el reino de Dios es "gozo y paz en el Espíritu Santo —"*gaudium et pax in Spiritu Sancto*"—.

La clave que soluciona esta dificultad y resuelve esta objeción está en que el sacrificio y el gozo cristianos no se oponen, no se contradicen, no son incompatibles.

Pero esto es poco decir: Jesucristo encontró el secreto de sacar el gozo del mismo sufrimiento, como Moisés hizo brotar el agua, cristalina y fresca, de la roca árida y dura. Jesucristo hizo el prodigio inaudito de convertir el dolor en la fuente del gozo.

El gozo en Dios es el Espíritu Santo. Cuando descendió del cielo el día de Pentecostés, derramó un diluvio de gozo que

hizo a todo el universo estremecerse de júbilo —“*quapropter profusis gaudiis totus in orbe terrarum mundus exsultat*”—.

Ahora bien, ¿el Espíritu Santo no descendió a la tierra como fruto de la Pasión, del Sacrificio de Cristo?

El dolor de Cristo, el dolor más grande que han visto los siglos, fue la causa del gozo más grande que ha inundado la tierra. Por eso la Iglesia llama a la Pasión, “BEATA PASSIO”, la Pasión feliz, porque hizo feliz a Jesús y nos hizo felices a nosotros.

San Pablo decía con toda verdad: “*Sobreabundo de gozo en medio de mis tribulaciones, superabundo gaudio in omni tribulatione nostra*”. Lo que en la mente del Apóstol no sólo quiere decir que está lleno de gozo a pesar de lo que sufre, sino que esas mismas penas son la causa de su gozo.

¿No es una satisfacción para el que ama sufrir por la persona amada? ¿No es un placer delicioso hacerla feliz a costa de nuestros sacrificios? ¿Una madre no goza en sacrificarse por su hijo? ¿Los santos no han encontrado la perfecta alegría en sufrir por Cristo?

Sí; Jesús transfiguró el dolor: no sólo lo hizo compatible con el sufrimiento; sino que, por la virtud del amor, lo convirtió en la fuente del gozo, de ese gozo divino que nadie nos puede arrebatarse...

* * *

Pero todavía aclaremos más estas ideas y no dejemos que la imaginación cubra de luto y tristeza la vida cristiana con crespones que no existen.

“*Sellar nuestros actos con la Cruz*” no quiere decir llevar una vida triste, de una austeridad adusta, estilo jansenista.

Así como para ser víctimas no hay que soñar en grandes males que automáticamente se van a abatir sobre nosotros, tampoco para consagrar nuestros actos por el sacrificio hemos de imaginarnos torturas constantes.

En esto, como en todo, Jesús es nuestro modelo. ¿Por qué Jesús fue víctima? ¿en qué consistió su sacrificio? Rigurosamente hablando, no fue víctima ni consistió su sacrificio en su pasión y muerte de una manera exclusiva. Porque fue víctima toda su vida y toda ella la llenó su sacrificio; en tanto que su pasión sólo duró unas cuantas horas.

El sacrificio de Jesús esencialmente consistió en la aceptación plenísima de la Voluntad de su Padre; su voluntad humana se inmoló aceptando de la manera más perfecta la Voluntad divina. Cada latido de su Corazón decía: “*Non mea voluntas, sed tua, FIAT! ¡No se haga mi voluntad sino la tuya!*”

Por eso, al entrar en este mundo, dijo: Aquí estoy, Padre mío, para hacer tu voluntad. No vengo a otra cosa, sino a cumplirla. "*Ecce venio ut faciam, Deus, voluntatem tuam*". Su sacrificio llena toda su vida, porque toda ella está llena con la voluntad de su divino Padre; y por la misma razón fue siempre víctima, desde la Encarnación hasta el Calvario.

La pobreza de Belén, el desamparo de Egipto, el trabajo de Nazareth, las luchas de su apostolado, la agonía de Getsemaní, las torturas de su pasión, no fueron sino diversas manifestaciones de la voluntad divina. Y también fueron manifestaciones de esa misma voluntad la manera como los hombres se portaron con Jesús, desde la ternura de María, y el amor humilde y solícito de José, y la fidelidad de Magdalena, y la intimidad del discípulo amado... hasta la indiferencia de sus compatriotas, y el odio de sus enemigos, y la ingratitud de sus discípulos...

Y Jesús lo aceptaba todo sólo porque era voluntad de su Padre. Y así pudo afirmar San Pablo: "*Christus non sibi placuit*". Cristo nunca se buscó a Sí mismo, nada hizo por darse gusto, todo lo hizo por complacer a su Padre: "*Quae placita sunt ei facio semper*".

Tal debe ser nuestro programa de vida. Debemos ser víctimas, convertir en sacrificio toda nuestra vida, "*sellar nuestros actos con la Cruz*", haciendo en todo, no nuestra voluntad, sino la de Dios.

Hacer todo lo que Dios quiere—sólo lo que Dios quiere—y sólo porque Dios lo quiere es la suma perfección, y la más alta santidad, y el más completo sacrificio, y la plena consagración a Dios de todo lo que somos y de todo lo que hacemos, de nuestra vida y de nuestros actos, de todo nuestro ser y de toda nuestra actividad.

Ahora bien, amando como amamos a Dios, ¿no encontramos el gozo más puro en complacerlo, cumpliendo su voluntad? Al inmolar, pues, nuestra voluntad a la voluntad divina, es decir, en nuestro sacrificio encontramos la fuente de un gozo "*in vitam aeternam salientis*", que salta por encima de todas las vicisitudes humanas hasta perderse en el océano de gozo, infinito y eterno...

J. G. TREVIÑO, M.Sp.S.





Los Nombres del Espíritu Divino

“ S A N T O ”

El Espíritu Santo es el principio de la santidad.

LA santidad en Dios consiste en amarse a sí mismo, el Supremo Bien, separado de toda criatura, y en encontrar en sí mismo toda hermosura y toda bondad, toda gloria y toda bienaventuranza, y la justicia infinita, y la perfección infinita, y el orden infinito.

Dios es santo por su Espíritu Divino que lo mantiene separado de toda criatura y que une las Personas divinas entre sí, por el amor de su bondad y de su hermosura infinitas.

Para nosotros, la santidad consiste en que el Espíritu Divino, mediante su gracia, nos separa de toda criatura que sea para nosotros un mal, una fealdad, un desorden, y en que nos une a Dios por el amor de la hermosura y de la bondad divinas; porque el amor es el movimiento hacia la Hermosura y la Bondad, cuya posesión santifica al alma y la diviniza.

Aplicación a nuestra propia santificación.

Recordemos que la vida cristiana debe hacernos santos, separándonos del mundo y de las criaturas para consagrarnos al servicio de Dios.

¡Sigamos las inspiraciones del Espíritu Santo para que nos conduzca a Dios sólo, separándonos de todo lo demás.

Roguémosle que aleje de nosotros el pecado por la resolución generosa de evitar toda falta voluntaria; que nos separe de los bienes, de los placeres, de los honores del mundo por la práctica seria de las virtudes opuestas; que nos desprenda de nuestros prójimos y aun de nuestros parientes en todo lo que sean un obstáculo para el servicio de Dios; que nos separe en fin, de nosotros mismos —lo que es más difícil pero al mismo

tiempo más necesario—, haciendo que sea Dios sólo el principio de todas nuestras acciones.

Por último, roguemos al Espíritu Santo que nos recuerde que nos ha consagrado a Dios por nuestro bautismo (quizá también por la ordenación sacerdotal o la profesión religiosa); perseveremos para siempre fieles a esta consagración, a esta donación de nosotros mismos, a esta pertenencia a Dios sólo; sigamos en todo la Ley de Dios y los deberes de nuestro estado—que son la expresión genuina de la voluntad de Dios—, y tratemos de no faltar en nada en esta materia.

No olvidemos nunca que nuestros compromisos son sagrados y que nos deben consagrar y santificar. No nos pertenecemos ya y nuestra vida ya no es nuestra; seamos totalmente de Dios sólo y no vivamos sino para El.

Títulos que el Espíritu Santo da a nuestra alma y con los cuales quiere atraernos a la santidad.

1º—*Hija del Espíritu Santo.* Somos la obra del amor, luego debemos ser todo amor; ahora bien, la santidad es el amor; el Espíritu Santo es la santidad infinita, porque es el amor infinito. Vivamos de su vida en todo y viviremos cada vez más santamente.

2º—*Esposa del Espíritu Santo.* El Espíritu Santo ha tomado nuestra alma por esposa, como lo dice en nuestros Libros Santos. Precisamente para que no pensemos sino en ser “*santos de cuerpo y de espíritu*” en El; para que no estemos divididos, distraídos, sino orientados hacia Dios sólo y perfectamente separados del mundo y de las criaturas. Repasemos con frecuencia estos pensamientos y permanezcamos siempre puros, delicados, fieles, *santos* en una palabra.

3º—*Templos del Espíritu Santo.* “El templo de Dios es santo, dice la Sagrada Escritura, y vosotros sois ese templo”. Glorifiquemos la santidad de Dios que habita en su templo, que es nuestra alma. Que todas nuestras palabras, acciones y sacrificios realizados en este templo, sean totalmente para la gloria del Dios tres veces santo, al que los ángeles alaban sin cesar.

Si pensáramos en esto, ¿podríamos tener la temeridad de ofender, por un pecado voluntario, al Dios infinitamente santo, que habita en nuestra alma?

Conclusión práctica.

Ejercitémonos en hacer con un gran amor tres pequeñas cosas a las cuales el Espíritu Santo impulsa cada vez más a las almas de esta época que quiere llevar a la verdadera santidad.

1º—Cumplamos con perfección todos nuestros deberes, aun los más pequeños, sin descuidar un detalle; que el Espíritu Santo pueda decir de nosotros lo que dijo de Jesús: *“Todo lo hizo bien”*.

2º—Mantengámonos ocultos bajo la mirada de Dios sólo. No hablemos de nosotros mismos, no nos tengamos en cuenta, evitemos todo pensamiento inútil sobre nosotros mismos. ¡Oh, qué perfecto desprendimiento es éste!

3º—Practiquemos, con todos y siempre, la bondad y la benignidad —inspiradas por el amor y el gozo y completadas por la longanimidad y la mansedumbre—; estos son los frutos más deliciosos que el Espíritu Santo quiere producir en nosotros.

Alentémonos con este pensamiento: *“La benignidad es un gran indicio de perfección, es una de las señales más evidentes de la presencia del Espíritu Santo, que, como dice la Escritura, es Espíritu suave, lleno de indulgencia y de benignidad; por eso ordinariamente medimos por su benignidad la santidad de un hombre; sólo por la benignidad se dejan los hombres atraer, doblegar, conquistar y gobernar”* (MONS. GAY).

A. PREVOT, S.C.I.



P E N T E C O S T E S

REVISTA MENSUAL

Dirigida por los Misioneros del Espíritu Santo.

ORGANO DE LOS APOSTOLADOS DE LA CRUZ Y DEL ESPIRITU SANTO

DIRECTOR RESPONSABLE: J. G. TREVIÑO

Ap. N° 1580. Ofic.: Ciprés, 59. Tel.: 16-03-85.
México 4, D. F.

Suscripciones: por un año \$ 2.00. Número suelto \$ 0.20. En el extranjero: Dlls. 0.25. A los Agentes les hacemos descuentos especiales. A la persona que nos coloque 5 suscripciones, pago adelantado, le obsequiamos una por un año.

Registrada como artículo de 2ª clase en la Oficina de Correos de México,
el 27 de abril de 1937.



LITURGIA

Sobrepelliz, roquete, cota.

ESTAS tres vestiduras —también de lino, como el alba—, tienen entre sí semejanzas y diferencias.

Se asemejan en que las tres son como una abreviación del alba; por consiguiente, no llegan hasta el suelo, sino hasta la rodilla, o mejor un poco más abajo, con excepción de la cota que no alcanza a llegar a la rodilla, apenas si sobrepasa la cintura.

También son escotadas, como el alba, y cerradas. La abertura en la parte anterior es inútil, puesto que, gracias al escote, cabe la cabeza sin necesidad de dicha abertura. Por tanto, ha de suprimirse.

Se distinguen *en las mangas*: en la sobrepelliz, son algo cortas, pero muy amplias; en el roquete, son largas, pero estrechas, un poco más estrechas que las del alba; en la cota, son cortas y algo estrechas.

Veamos cada una en particular.

* * *

La sobrepelliz. Su nombre viene de que en los climas fríos, los clérigos usaban esta vestidura de lino sobre un abrigo de pieles.

Al principio todos los clérigos usaban albas, uso que en algunas partes se ha restaurado, de manera que los acólitos, aun seglares, se revisten con albas. Pero pareció estorbosa el alba, y en el siglo XIV empezó a recortarse poco a poco, hasta que el recorte llegó a las rodillas.

Debe ser una vestidura amplia, que caiga en pliegues naturales. No necesita adorno alguno; sin embargo, puede bordarse sobre el lino mismo una greca, o cosa semejante, en blanco o a colores, en la parte inferior. Las mangas han de ser

muy amplias, para lo cual se necesita un corte especial en que lo ancho vaya aumentando del hombro a la extremidad de la manga, donde puede tener un metro de circunferencia y aún más. También el contorno de la extremidad de la manga puede bordarse.

Como dijimos del alba, no es de aconsejarse que la sobrepelliz se almidoné ni se encarruje; es preferible dejar al lino su flexibilidad natural.

La sobrepelliz es la vestidura más general: la usan todos los clérigos y aun los seglares cuando administran como acólitos. Los sacerdotes la usan para administrar los sacramentos, para predicar, para las bendiciones, etc.

* * *

El roquete. Es una vestidura propia de los cardenales y de los obispos. Por privilegio lo llevan también los preladados inferiores, como los pronotarios, y aun los canónigos de algunos cabildos.

Nunca se lleva sin ponerse encima alguna otra vestidura, como la capa magna, o la muzeta (los cardenales en todas partes, los obispos residenciales en su diócesis); o la manteleta (los obispos fuera de su diócesis); o la vestidura coral, los canónigos. También los párrocos de Roma tienen privilegio de usar roquete.

Fuera de estos casos, los simples sacerdotes tienen prohibido usarlo, ni sobrepelliz que se asemeje al roquete.

Se adorna como la sobrepelliz; sin embargo, los cardenales y los obispos suelen usar roquetes que terminan en un encaje más o menos grande que deja ver el color de la sotana.

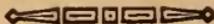
* * *

La cota. Con frecuencia se confunden la sobrepelliz y la cota y a la misma vestidura se le llama de uno de otro modo indistintamente.

En rigor, la cota se distingue de la sobrepelliz, porque ésta es larga y muy amplia y la cota es muy corta, apenas sobrepasa de la cintura y las mangas apenas llegan al codo.

Los que tienen privilegio de usar roquete, se ponen la cota sobre el roquete para administrar los sacramentos. Pero los que usan roquete por derecho (cardenales y obispos) no necesitan revestirse con la cota para administrar ni los sacramentos ni los sacramentales.

J. G. TREVIÑO, M.Sp.S.





¡ DIOS SOLO...!

LOS celos del amor divino son terribles, dice la Sagrada Escritura; y por eso cuando a las almas escogidas las desea elevar a una íntima unión con El, las separa inexorablemente de todas las criaturas.

Esta es como la nota dominante en la vida de SANTA JUANA FRANCISCA FREMYOT DE CHANTAL, Fundadora de la Visitación.

Nace en Dijon de padres burgueses, pero muy cristianos. Tiene apenas dos años de edad, cuando Juana sufre, en la semiconciencia de esa edad, la pérdida de su mamá.

Creció bajo el amparo de un padre excelente, al lado de una hermana mayor y de un hermano menor. Pero su padre tuvo que contraer nuevas nupcias y Juana, a los 15 años, tiene que sufrir la separación de su padre para ir al Poitou al lado de su hermana mayor ya casada.

A los 20, vuelve Juana a Dijon: su padre ha enviudado de nuevo, su hermano está estudiando en París y su padre está solo; viene a hacerle compañía.

Pero muy pronto sobreviene una nueva separación. Juana se casa con el Barón de Rabutin-Chantal y tiene que dejar a su padre para ir a vivir a Bourbilly. Juana no sólo dice adiós a su padre, que deja anciano y solo, dice también adiós a su libertad. Se dedica en el viejo castillo a poner orden material y orden moral en todo; ama entrañablemente a su esposo, a sus hijitos, a los criados, a los pobres de la comarca, a todos los que la rodean.

Podía su hogar haber sido muy feliz; pero pronto se vuel-

ven a presentar las separaciones: muere su hermana mayor que le había servido de madre, muere el hermano de su esposo que amaba como un segundo hermano; mueren sobre todo sus dos primeros hijos...

Y como si estas separaciones no fueran bastante, el Barón de Chantal, su esposo, vuelve del ejército muy enfermo; y cuando está apenas convalesciendo, lo hieren gravemente en una partida de caza.

Durante ocho días Juana le prodiga los más exquisitos cuidados y multiplica sus oraciones. Todo es inútil, muere al fin, a los 35 años de edad, y deja a Juana viuda a los 28, y su hogar destrozado para siempre...

* * *

Juana se siente casi desesperada y sólo sus cuatro hijos le dan fuerza para seguir viviendo. Después de un año, va a la casa de su padre a desahogar su pena con él, pero tiene que dejarlo para ir con su suegro, porque de lo contrario desheredará a sus hijos.

¡Cuántas penas le esperan allí! Su suegro es de un carácter muy violento y tiene una ama de llaves que es como un demonio... Llega Juana a este especie de infierno con sus cuatro hijitos y tiene que soportarlo durante ocho años.

El dolor encierra el secreto de unirnos al lugar donde hemos sufrido. Juana, al separarse de Bourbilly, sufre, a pesar de que va a dejar una verdadera prisión.

En su nueva vida, en que era de esperarse una tregua de paz, siguen las separaciones. Se separa del mundo, de sus fiestas, de sus vanos adornos y se viste con una modestia que parece indigna de su posición social. Al mismo tiempo, su paz se ve terriblemente turbada con tentaciones contra la fe y su conciencia atormentada por la tiranía de un confesor inepto para dirigir un alma de esta talla.

Siguen las separaciones: muere Juana de Sales a quien ama tiernamente; se casa muy joven su hija, María Amada.

Por este tiempo conoce a Mons. de Ginebra, el futuro S. Francisco de Sales, y lo toma como director. Al cabo de tres años, el camino de Juana se manifiesta claramente: Dios la quiere para fundar una nueva familia religiosa, la Visitación. Pero para eso es preciso cortar con todo, casa, costumbres, intereses, amistades, familia y sobre todo, sus hijos.

* * *

Cuando confía su resolución a su padre, el anciano llora todas sus lágrimas... Pero falta la más terrible separación...

¡Ah! ¡ese 26 de marzo de 1610! Todos sus parientes están allí... abraza a cada uno sin llorar; pero, cuando llega el turno a su hijo de 15 años, el encantador Celso-Benigno, a quien amaba tanto, éste, bañado en lágrimas, le ruega de rodillas que no lo abandone...; y viendo la inflexibilidad de su madre, el jovencito se arroja a lo largo del dintel de la puerta: ¿se atreverá a pasar sobre su cuerpo? A Juana le faltan las fuerzas, pierde su entereza y las lágrimas brotan de sus ojos... "¿Qué queréis?, dice, ¡soy madre!" Va sin embargo, adelante...

Franqueado este querido obstáculo, Juana se encuentra con su padre. Si es madre, también es hija... Caee de rodillas y sólo Dios sabe cuál dolor es más grande, si el de la hija o el del padre...

Al final de tantas separaciones que han desgarrado su corazón, Juana se encuentra con Jesús, en la pobreza de los primeros días de la Visitación, en aquella pequeña capilla...

Pero, tampoco hay que apegarse a los lugares y hay que dejarlos uno después de otro. El primer ideal de la Visitación debe dejarlo también. Es preciso dejar a las primeras compañeras que se van a fundar los primeros Monasterios de la Visitación.

Aunque temporalmente, hay que dejar también su familia religiosa, a la muerte del viejo Barón de Chantal, para arreglar los asuntos de la testamentaria; así lo exige el porvenir de sus hijos. Los vuelve a ver con ocasión de este viaje, pero para que sea más desgarradora la nueva separación.

Su querida hija, María Amada, muere a los 20 años de edad, así como su joven esposo, hermano de S. Francisco de Sales; y el hijo de ambos apenas puede recibir el bautismo, y muere también.

Su otra hija, María Francisca, tan traviesa primero, tan indócil después, pero que llegó a ser muy virtuosa, pierde a su esposo y a varios de sus hijos; cada uno de estos duelos, lo es también para el corazón de Juana.

En cuanto a su hijo único y tan amado, en el locutorio recibe la noticia de su muerte en el campo de batalla... Esta vez el golpe es tan terrible que durante meses se sepulta en un silencio aterrador, ¡como si no tuviera fuerzas para pasar sobre el cuerpo muerto, cuando las había tenido para pasar sobre el cuerpo vivo de su hijo!

* * *

Pero es que desde hace cinco años lleva otra terrible herida en el corazón: la muerte del que en la tierra era todo para su alma, San Francisco de Sales. La unión de esas dos almas

es de esas uniones tan puras, tan íntimas, tan en Dios, que los simples mortales no atinamos a comprenderlas...

Tres años hacía que no se habían visto; en Lyon pudo verlo. ¡Al fin iba a hablarle de su alma! Pero S. Francisco de Sales le dijo: "*Hija mía, de nosotros hablaremos en Annecy; tratemos ahora los negocios de la Visitación*". Después la mandó a visitar varios monasterios, como para tener tiempo de agonizar y morir lejos de ella...

Está en Grenoble, cuando una voz íntima le dice: "*¡Ya no existe!*" Pero también el corazón de los santos espera contra toda esperanza. Al fin la noticia se confirma... ¿Por qué no muere ella también?...

* * *

A Juana le queda una misión que la hace sobrevivir: apresurar la beatificación de su amado Padre y traer sus restos mortales a Annecy. Y las últimas palabras del santo se cumplen entonces: "*En Annecy hablaremos de nosotros*". Los dos cuerpos reposan el uno al lado del otro, y el diálogo no se ha interrumpido hace cuatro siglos...

Los últimos años de Juana son un sendero bordeado de cruces y de tumbas: muere la esposa de Celso Benigno, tan buena, que había querido tanto a su hijo; le deja una huérfana que más tarde será la célebre Mme. de Sevigné. Mueren las Madres de Brécard, Favre, de Châtel, sus primeras compañeras, más que tres amigas, tres hermanas, que le ayudaron a llevar el peso de los primeros años. Mueren tantas Visitandinas en las decenas de Monasterios que Juana ha fundado, visitado tantas veces, santificado con sus ejemplos y sus palabras...

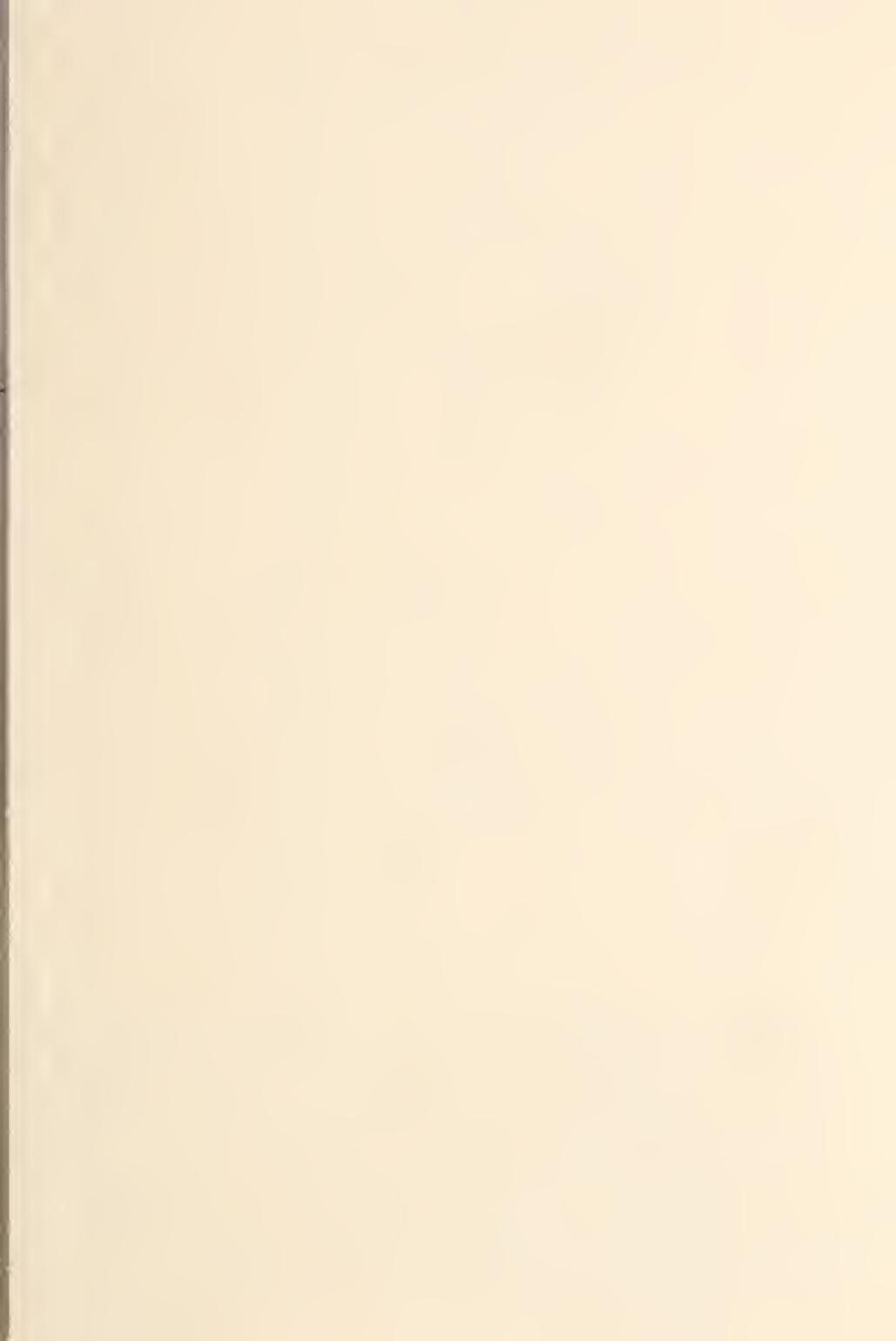
Vino al fin la última separación, su propia muerte, que la separó de su obra tan amada, la Visitación, pero que la unió para siempre con Jesús y con todos los seres queridos que tanto había amado en El.

Este fue sin duda el sentido del último grito que exhalaban sus labios moribundos antes de cerrarse para siempre:

"¡Jesús...! ¡Jesús...! ¡Jesús...!" (1)

SEMINATOR CHRISTI.

(1) Cf.: Chanoine Odin, "Les Vertus dans leurs Modèles".



Princeton Theological Seminary Library



1 1012 01458 1542

FOR LIBRARY USE ONLY.

